

# **Prólogo**

## ***Agriculturas y espacios rurales en recomposición***

*Se ha calificado a los años ochenta como “decenio perdido” Ciertamente, el periodo se inició con una crisis económica y social mayor y concluyó con un panorama poco alentador de estancamiento económico, retroceso industrial, agudización de la pobreza... Pero no es menos cierto que los ochenta hayan sido escenario de los cambios más radicales que México haya experimentado en los cincuenta últimos años. Las políticas de estabilización y de ajuste estructural han generado una profunda alteración de las modalidades de repartición del ingreso: el crecimiento de la burocracia y el auge de las clases medias han encontrado un límite duradero en el énfasis ahora marcado en el control del gasto público y del consumo privado, y en la búsqueda sistemática de una mayor competitividad. Los esfuerzos invertidos en la conquista de una nueva posición en los flujos comerciales y financieros internacionales al igual que la negación de la rectoría del desarrollo por parte del Estado han inducido cambios no menos profundos en la estructura del aparato productivo nacional. Significativamente, el llamado a los capitales foráneos y la expansión de las maquiladoras importan ahora mucho más que el fomento de un proceso de industrialización autónomo o de un desarrollo independiente y autocentrado. El liberalismo social que resume estas nuevas reglas y orientaciones asienta ambiciosos programas de solidaridad,*

*de lucha contra la marginación y la pobreza, sin enmarcarlos en una estrategia de fomento económico alguna. Los imperativos de "eficiencia" y de "racionalización", las exigencias de la "modernización" han suscitado una "limpieza" que dejó fuera de juego a un gran número de empresas, tanto del sector público como del privado.*

*En el ámbito legislativo y reglamentario, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari no midió esfuerzos para acelerar los cambios en el sector agropecuario: modificaciones al artículo 27 constitucional, poniendo fin a la reforma agraria, desincorporación de paraestatales (Inmecafé, Ferti-mex, etc.), reestructuración de la banca oficial de desarrollo rural (Banrural)... En unos cuatro años, el panorama político y económico del agro ha cambiado considerablemente. Los protagonistas e interlocutores tradicionales han desaparecido o se encuentran muy debilitados (Confederación Nacional Campesina, etc.). Los canales de negociación se han desvirtuado o han cambiado de cauce y los objetos de la negociación (el acceso al crédito, a la asistencia técnica o a otros servicios) no tienen ya validez ante la profunda mutación del aparato administrativo que desde el gobierno de Echeverría se había venido fortaleciendo. Han cambiado las reglas del juego; nuevas formas de sociabilidad rigen las sociedades rurales y las actividades agropecuarias: el campo mexicano se encuentra ahora en un proceso avanzado de recomposición.*

*Por radicales que sean, estos cambios se inscriben todavía en los tiempos cortos de la acción política y de los programas de ajuste. Suman sus efectos a movimientos largos y menos fluctuantes que desde un decenio atrás también han dejado profundas huellas en la sociedad y en la economía mexicana. Así, en el transcurso de una generación, México ha dejado de ser un país agrícola. Ello no sólo significa que la aportación de las actividades agropecuarias al Producto Interno Bruto sea bajo (8.3% en 1990) o que la población rural sea minoritaria (27% de la población total en 1990). Significa sobre todo que, hoy en día, la mayoría de los mexicanos adultos han nacido en una ciudad y han dejado de tener relaciones afectivas fuertes con el medio rural. No ha de extrañarnos que ahora y en el futuro el campo*

*ocupe un espacio menor en los modelos de sociedad y en los proyectos políticos o económicos en gestación.*

*Si bien es cierto que el México moderno ha ido cortando sus raíces agrarias, no resulta menos cierto que la ciudad ejerce ahora una presión nunca antes lograda sobre las sociedades rurales. Cincuenta años de expansión urbana han colocado a casi un tercio de la población nacional en aglomeraciones de más de medio millón de habitantes y a cerca de una quinta parte en el área metropolitana de la Ciudad de México. La organización del abasto en víveres de estas grandes ciudades tiene exigencias estrictas (homogeneidad de los productos, volúmenes de acopio, calendarios de producción) que inciden en la producción agrícola en su conjunto. La constitución de grandes redes de abasto, por lo general fuertemente centralizadas, asienta así procesos de integración y de exclusión que se encuentran en la base de la producción de nuevos espacios agropecuarios. Bajo otra perspectiva, los progresos de la urbanización sustentan también la difusión en todo el país de nuevos modos de vida, de nuevos hábitos alimenticios y de nuevas exigencias de consumo y acceso a servicios. Por este medio también las sociedades rurales se encuentran inmersas en un profundo proceso de recomposición mediante el cual se definen nuevos territorios y se estructuran los espacios rurales.*

*Este segundo número de Trace editado por el ORSTOM y el CEMCA presenta una muestra de estudios de los nuevos modelos de sociabilidad y de organización productiva y de sus efectos en las sociedades rurales y las actividades agropecuarias. Los trabajos presentados no plantean ningún intento de balance sintético o global de las transformaciones en curso: los movimientos de recomposición a los cuales aluden se inscriben en un campo a la vez demasiado extenso y heterogéneo para ello. Al contrario, la multiplicidad de las perspectivas desarrolladas y la diversidad de los marcos de referencia espaciales evidencian que la temática tratada remite a procesos que no resultan para nada ni monolíticos ni simples.*

*La diversidad de los contextos geográficos (Noroeste de la República, Occidente, Golfo y Valle de México) evidencia*

*un juego complejo e impredecible entre presiones procedentes de la sociedad global y modalidades de integración regional. En estas condiciones, la doble contextualización temporal y espacial de los movimientos de recomposición que llevará en ocasiones al lector hacia épocas remotas se reconoce como imprescindible tanto para apreciar la magnitud de las transformaciones en curso como para darles sentido.*

*El cambio de punto de observación —o sea la adopción de diferentes escalas— multiplica las perspectivas de estudio. Hablar de recomposición no tiene el mismo sentido según nos refiramos a grandes regiones, a cuencas o a simples comunidades campesinas: las fuerzas en juego no son las mismas; surgen factores de cambio, interacciones y efectos que la adopción de otra escala no dejaría sospechar. La adopción de diferentes escalas permite así asociar en un mismo campo problemático temas aparentemente de los más disímiles. El papel de las ciudades intermedias en la integración territorial, el análisis de la evolución de los comportamientos demográficos exigen un distanciamiento que sólo la adopción de pequeñas escalas permite. Las dinámicas de colonización de “fronteras pioneras”, la incidencia de tal o cual actividad —la extracción de sal, la expansión de cultivos de exportación...— o del crédito en la construcción e integración de regiones, se acomodan a escalas intermedias. La incidencia de los cambios institucionales en las modalidades de administración de recursos de propiedad colectiva se entiende en la relativamente gran escala que corresponde a la comunidad campesina... Bajo esta perspectiva, el énfasis puesto en la dimensión territorial de los movimientos de recomposición procura rebasar simples exigencias de contextualización de los estudios para definir nuevas herramientas de análisis. La investigación de los vínculos entre los hombres y su entorno espacial y de la evolución de las modalidades de producción de paisajes y territorios aporta nuevas luces sobre el entendimiento de las estrategias adoptadas por los actores involucrados y sobre el impacto local o regional de fuerzas definidas en el ámbito nacional.*

Odile Hoffmann  
Thierry Linck